

CADA DÍA SU AFÁN

HABLABA CON DIOS O DE DIOS

Había nacido en Caleruega, Burgos, poco después del año 1170. Después de sus estudios en Palencia, Domingo de Guzmán sería llamado por el obispo de Osma para formar parte del cabildo de su catedral.

Pero su vida no iba a ser tan acomodada como pudiera imaginarse. A petición del rey Alfonso VIII de Castilla, y acompañando al obispo Diego de Acebes, Domingo tuvo que viajar a Dinamarca. En tierras de Francia pudo conocer la suerte de los cristianos que habían sido captados por la teología y la práctica de los cátaros.

Bien pronto comprendió que había que llevar a aquellas gentes la luz de la verdad. “Veritas” había de ser su lema y el de aquellos que se le iban juntando tanto en Toulouse como en Bolonia o en Roma. La “predicación de Jesucristo” había de ser su don y su tarea, su carisma y su misión, reconocida y promovida por los papas.

Domingo de Guzmán siempre pensó que los encuentros de cada día y la exposición de la fe a los hermanos habían de caracterizarse por la misericordia y la benignidad. Su serena alegría era el fiel reflejo de su buena conciencia. La luz de su semblante jamás tenía ocaso, como escribió el beato Jordán de Sajonia.

El Oficio de lectura en el día de su fiesta recoge algunos rasgos que nos hacen amable su figura. “De día, con sus hermanos y compañeros, nadie más comunicativo y alegre que él. De noche, nadie más constante que él en vigilias y oraciones de todo género”.

Es interesante esa nota que resume la dialéctica de sus discursos y silencios: “Raramente hablaba, a no ser con Dios, en la oración, o de Dios, y esto mismo aconsejaba a sus hermanos”. Hablar con Dios y hablar de Dios. Buen lema para una vida. Y buena consecuencia de su amor a las Sagradas Escrituras.

Aquel predicador, tan dotado de humilde inteligencia, con frecuencia pedía a Dios una auténtica caridad para preocuparse por la salvación de los hombres. Anhelaba ganar almas para Cristo, puesto que el Señor Jesús había ofrecido toda su persona por nuestra salvación.

Domingo de Guzmán falleció en Bolonia el día 6 de agosto del año 1221. Este año se celebra el VIII centenario de la partida de aquel castellano que, al decir de su biógrafo, amando a todos los hombres, por todos era amado.

Con ese motivo, el papa Francisco ha escrito al maestro general de los Dominicos. “¡Que la Orden de Predicadores, ahora como entonces, esté en la vanguardia de un anuncio renovado del Evangelio, que pueda hablar al corazón de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y despertar en ellos la sed de la venida del reino de santidad, justicia y paz de Cristo!”.

Han pasado los siglos. La obra de Domingo de Guzmán permanece en el estudio, en la caridad y en la misión. Esta es una hora propicia para recordar y agradecer la continuidad renovada de su carisma.

José-Román Flecha Andrés